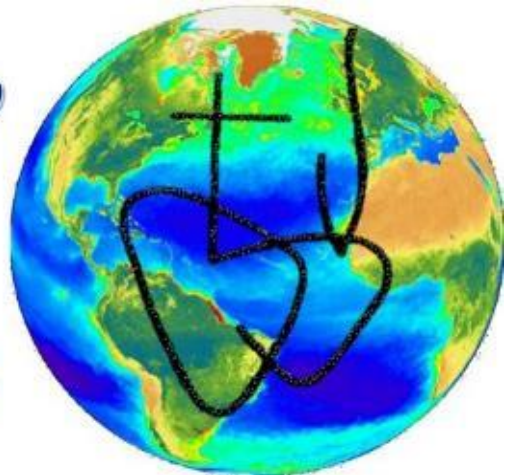


**NUESTRO COMPROMISO
PUEDE
MEJORAR EL MUNDO.**

Cuidar la casa común (II)



Queridas hermanas,

El cuidado del planeta es un desafío que la Vida consagrada ha hecho suyo desde hace mucho tiempo. Comisiones de Justicia, Paz e Integridad de la Creación existen en casi todas las Conferencias de religiosos; y reflexiones, prácticas, denuncias, y esfuerzos por promover actividades en general en torno al tema, se realizan desde hace muchos años. Nosotras participamos de ello y, como lo veremos en los testimonios de este número de INFO, tenemos bastante conciencia de que es un deber de responsabilidad con las generaciones futuras, y una urgencia de solidaridad especialmente con los más pobres. Cada una debe preocuparse de disminuir su propia *huella de carbono*, como lo expresamos en el PAC: “tomar conciencia del impacto contaminante de nuestros hábitos personales” para intentar reducirlo.

En la Asamblea plenaria de la UISG de este año, hubo una ponencia dedicada a este tema desde una mirada bíblica. Ahora, en el segundo INFO que dedicamos a la prioridad del PAC por la ecología integral, quiero recordar con Uds., un par de ideas de esa ponencia que me parecieron fundamentales.

La Asamblea estaba orientada a la esperanza profética, y se planteó la importante relación entre el cuidado de la Creación y la esperanza de la profecía. La esperanza es una actitud propia de la vida religiosa, y muy necesaria en este tiempo, en el que nos parece que la toma de conciencia es demasiado lenta, que los cambios culturales son muy difíciles y que no todos estamos dispuestos a una transformación en el estilo de vida, y en la manera de explotar los recursos del planeta. Recordemos que el profetismo tiene que ver con acercarse a la realidad con la mirada de Dios, para poder ser la conciencia del pueblo. Los actos proféticos son advertencias de lo que puede sobrevenir si no acertamos con el querer de Dios, y la profecía bíblica es al mismo tiempo crítica y esperanza.

Crítica, en este caso, porque la Creación, que fue confiada a los seres humanos continuadores del gesto creador de Dios, está afectada por el pecado humano del descuido, la ambición y la desidia, y ella sufre una destrucción que la mantiene lejos de “la tierra nueva” que nos anuncia el libro del Apocalipsis (Ap 21, 1), porque ha recaído en ella la maldición, como consecuencia del pecado (Gn 3, 17).

Esperanza, porque es propio de la profecía anunciar aquello que, aunque no vemos, sabemos que está en los designios de Dios. La Redención operada por Jesucristo no es sólo para los seres humanos. Ella involucra también a la Creación, que será transformada, recreada, renovada, ... y *no habrá ya maldición alguna* (Ap 22, 3).

No debemos olvidar que el querer de Dios en el mundo se va realizando a través de la acción humana, siempre como don y tarea. Allí nuestra responsabilidad de creyentes, y de discípulas seguidoras de Jesús nos exige vivir una dinámica de renovación continua: toma de conciencia, arrepentimiento y conversión; solidaridad con el sufrimiento de los que están en las periferias; pensamiento crítico y acciones discernidas, desarrollo del sentido de comunidad planetaria; ... La vocación profética de la vida religiosa nos impulsa a un proceso de conversión ecológica que integre todos los aspectos de nuestra vida en la esperanza de que finalmente será restaurada la belleza original de la Creación.

Les saluda con cariño,

N.B. Les recomiendo el texto “Sembradoras de esperanza profética para el planeta. La responsabilidad de la vida religiosa: perspectiva bíblica”, de Hna. Judette Gallares, RC en: www.uisg.org